



partillo, como era razon, conforme á los méritos de cada cual; ántes dejaron que cada uno se quedase con lo que tomó, porque tenían recelo de algun alboroto, y entendian que á los particulares sería más agradable lo que por su mano tomaron, que si de la presa comun se lo restituyesen mejorado y multiplicado.

Algunos escriben que ayudó mucho para la victoria la señal de la cruz, que de varios colores se vió en el aire ya que querian pelear: otros refutan esto por no hacer el arzobispo D. Rodrigo mencion de cosa tan grande, ni áun el rey, en la carta que escribió del suceso y prosecucion desta guerra, al pontífice Inocencio. Verdad es que todos concuerdan que Pascual, á la sazón canónigo de Toledo, y que despues fué dean y áun arzobispo (cuya sepultura está en la capilla de Santa Lucía de la iglesia Mayor de Toledo), con la cruz y guion que llevaba, como es de costumbre, delante el arzobispo D. Rodrigo, pasó por los escuadrones de los enemigos dos veces sin recibir algun daño, dado que todos le pretendian herir con sus dardos; y muchas saetas que le tiraban quedaron hincadas en el asta de la cruz: cosa que á los nuestros dió mucho ánimo y puso grande espanto en los moros. Fué tan grande la muchedumbre que hallaron de lanzas y saetas de los enemigos, que en dos dias enteros que allí se detuvieron los nuestros, aunque para los fuegos no usaban de otra leña, y de propósito procuraban acabarlas, no lo pudieron hacer.

La victoria se divulgó por todas partes, primero por la fama, despues por mensajeros que venian unos en pos de otros. Fué grande el lloro y sentimiento de los moros, no sólo por el mal y daño presente, sino porque temian para adelante mayores inconvenientes y peligros. Entre los cristianos se hacian grandes fiestas, juegos, convites con toda magnificencia y regocijos y alegrías, no sólo en España, sino tambien las naciones extrañas, con tanto mayor voluntad, quanto el miedo fué mayor. Nunca la gloria del nombre cristiano pareció mayor, ni las naciones cristianas estuvieron en algun tiempo más gloriosamente aliadas. Los españoles asimismo parecia igualar en valor la

gloria de los antiguos: el mismo rey D. Alonso comenzó á ser tenido como príncipe venido del cielo y más que hombre mortal. El rey de Navarra, para memoria de tan grande victoria, al escudo bermejo de que usaban sus antepasados, añadió por orla unas cadenas, y en medio del escudo una esmeralda por señal que fué el primero á romper las cadenas con que tenían los enemigos fortificada aquella parte de los reales en que el rey bárbaro estaba. El mismo D. Alonso, á las insignias antiguas de los reyes de Castilla, añadió un castillo dorado en escudo rojo, como lo afirman algunos varones de erudicion y diligencia muy grande: otros lo niegan, movidos de los privilegios antiguos, en cuyos sellos se ve puesta ántes destes tiempos en las insignias y armas de los reyes de Castilla la figura de torre ó castillo.

De algo más crédito es lo que hallo de algunos afirmado por testimonio de cierto historiador, que desde este tiempo se introdujo en España la costumbre que se guarda de no comer carne los sábados, sino solamente los menudos de los animales, y que se mudó, es á saber, por esta manera, y templó lo que antiguamente se usaba, que era comer los tales dias carne, costumbre que los godos sin duda trajeron de Grecia, y la tomaron cuando se hicieron cristianos. La verdad es que esta victoria nobilísima, y la más ilustre que hobo en España, se alcanzó, no por fuerzas humanas, sino por la ayuda de Dios y de los santos. Las plegarias y oraciones con que los procuraron aplacar por todo el mundo fueron muchas, principalmente en Roma, donde se hicieron procesiones y rogativas asaz: en que se debe notar que para aumento de la devocion y que no hobiese confusion y otros desórdenes, se ordenó fuesen á diversas iglesias los varones, las mujeres, el clero y los demas del pueblo. Hallábase presente el pontífice, que movia á los demas con su ejemplo. De todo hay una carta suya al rey D. Alonso, muy grave y muy elegante, la respuesta otrosí del rey al papa, en que refiere todo el discurso desta empresa y batalla, pero muy larga para ponella en este lugar.

Halláronse en esta guerra los obispos Tello, de Palencia; Rodrigo, de Sigüenza; Menendo,



de Osma; Pedro, de Ávila; Domingo, de Plascencia; García Frontino, de Tarazona; Berengario, de Barcelona: el número de los grandes no se podia contar, los maestros de las órdenes, Arias de Santiago, Rodrigo Diaz de Calatrava, Gomez Ramirez de los Templarios; demas destos, Juan Gelmirez, prior de San Juan. De Castilla, Gomez Manrique, Alonso de Meneses, Gonzalo Giron, Íñigo de Mendoza, caballero vizcaino, y pariente de D. Diego de Haro, que es la primera vez que en la historia de España se hace mencion de la casa de Mendoza: fuera destos, se halló con los demas el conde D. Fernando de Lara, de alto linaje y él por su persona señalado, poderoso en gran estado y muchos aliados: éstos fueron de Castilla. De Aragon, Garcí Romero, Jimeno Coronel, Aznar Pardo, Guillen de Peralta y otras personas principales que iban en compañía de su rey: ante todos se señaló Dalmacio Cressel, natural de las Ampúrias, de quien dicen los historiadores de Aragon que por el grande conocimiento que tenía de las cosas de la guerra y singular prudencia ordenó las haces para la batalla. Entre los navarros, Garces Agoncillo, García Almoravides, Pedro Leet, Pedro Arroniz, Fernando de Montagudo, Jimeno Aybar, fueron los más señalados que en esfuerzo, industria y ejercicio de guerra vinieron á esta empresa.

En conclusion, el tercero dia despues de la victoria se movieron los reales de los fieles: ganaron de los moros el lugar de Ferral, que habia vuelto á poder de moros, Vilche, Baños, Tolosa, de la cual tomó nombre esta batalla, que vulgarmente se llama de las Navas de Tolosa. Todo era fácil á los vencedores, y por el contrario á los vencidos. La ciudad de Baeza, desamparada de sus ciudadanos, que, perdida la esperanza de tenerse, se recogieron á Úbeda, vino en poder de los vencedores. Algunos pocos que, confiados en la fortaleza de la mezquita mayor, no se querian rendir, con fuego que les pusieron los quemaron dentro della misma. El octavo dia despues de la victoria, la ciudad de Úbeda fué entrada por fuerza, ca sin embargo que los ciudadanos ofrecian á los reyes cantidad de oro por que los dejasen en paz, los obispos fueron de parecer que no era justo

perdonar aquella gente malvada. Conforme á este parecer se hizo grande matanza, sin distincion de personas, de aquella miserable gente. Una parte de los vecinos fué tomada por esclavos: toda la presa se dejó á los soldados, con que se puso miedo á los moros y se ganaron las voluntades del ejército, que estaba cansado con el largo trabajo. Las enfermedades los afligian, y no podian sufrir la destemplanza del cielo: por esto los reyes fueron forzados, en un tiempo muy fuera de propósito, volver con sus gentes á tierras más templadas.

A la vuelta, cerca de Calatrava llegó el duque de Austria con docientos de á caballo, que para muestra de su esfuerzo y ayudar en aquella santa guerra traia en su compañía. El rey de Aragon, por ser su pariente, á la vuelta para su tierra le acompañó hasta lo postrero de España. Al rey de Navarra restituyó el de Castilla catorce lugares, sobre que tenía diferencia, y porque poco ántes se ganaron por los de Castilla, la memoria de sus antiguos señores hacia que no se asegurasen de su lealtad: este fué el principal premio de su trabajo. D. Alonso, rey de Castilla, despedidos los dos reyes, entró en Toledo á manera de triunfador, con grande aplauso, aclamaciones y regocijo de los ciudadanos y del pueblo. Lo primero que hizo fué dar gracias á Dios por la merced recebida: despues se mandó y estableció que para siempre se renovase la memoria de aquella victoria, y se celebrase por toda España á diez y seis de Julio; en Toledo más en particular sacan aquel dia las banderas de los moros, y con toda muestra de alegría, festejan aquella solemnidad, ca se ordenó fuese de guardar aquella fiesta con nombre del triunfo de la Santa Cruz.

El rey, por ser enemigo del ocio, y con el deseo que tenía de seguir la victoria y ejecutalla, al principio del año siguiente de nuevo se metió por tierra de moros. Ganó el lugar de Dueñas de los moros, que dió á la órden de Calatrava, á la de Santiago el castillo de Eznavexor. Alcaraz, pequeña ciudad, y que está metida dentro de los montes Marianos, y asentada en un collado áspero y empinado, con cerco de dos meses, se ganó por el rey, y se





entró por fuerza á veintidos de Mayo, día miércoles, vigilia y víspera de la Ascension: demas desto, algunos otros lugares de ménos cuenta se tomaron por aquella comarca, entre los demas Lezuza, que se tiene por la antigua Libisosa. Concluidas estas cosas, el rey don Alonso, ganada mayor fama que ninguno de los príncipes de Europa, dió vuelta á Toledo, donde las reinas, doña Leonor su mujer, doña Berenguéla su hija, y su hijo D. Enrique que le sucedió en sus estados, y á la sazón era de

diez años, aguardaban su venida. Toda la ciudad llena de juegos y de regocijos y fiestas, dado que el año fué muy falto de mantenimientos á causa de la sequedad, en especial en el reino de Toledo dicen que en nueve meses continuos nunca llovió, tanto que los labradores cuyo era el daño principal, eran forzados á desamparar las tierras, dejallas yermas, y irse á otras partes para sustentarse: gravísima miseria y trabajo memorable.

## CAPÍTULO V

### Los albigenses en Francia.—Muerte del rey de Aragon.

Ganada aquella noble victoria de los moros, las cosas de España procedían bien y prósperamente, á causa que los Almohades, trabajados con una pérdida tan grande, no se rebullían, y los nuestros se hallaban con grande ánimo de sujetar todo lo que de aquella nación restaba en España, cuando por el mismo tiempo los reinos de Francia y de Aragon se alteraron grandemente y recibieron graves daños. Estas alteraciones tuvieron principio en la ciudad de Tolosa, muy principal entre las de España, y que cae no lejos de la raya de España. La ocasion fueron ciertas opiniones nuevas que en materia de religion se levantaron en aquellas partes, con que los de Aragon y los de Francia se revolvieron entre sí, y se ensangrentaron. En los tiempos pasados todas las naciones del cristianismo se conformaban en un mismo parecer en las cosas de la fe: todos seguían y profesaban una misma doctrina. No se diferenciaban el alemán del español, no el francés del italiano, ni el inglés del siciliano en lo que debían creer de Dios, y de la inmortalidad y de los demas misterios; en todo se veía un mismo corazón y un mismo lenguaje. Los waldenses, gente perversa y abominable, comenzaron los años pasados á inquietar la paz de la Iglesia con opiniones nuevas y extrava-

gantes que enseñaron; y al presente los albigenses ó albienses, secta no ménos aborrecible, apellido y nombre odioso acerca de los antiguos, siguieron las mismas pisadas y camino, con que grandemente alteraron el pueblo cristiano.

Enseñaban que los sacerdotes, ministros de Dios y de la Iglesia, no tenían poder para perdonar los pecados; que el verdadero cuerpo de Jesucristo no está en el santo Sacramento del altar; que el agua del bautismo no tiene fuerza para lavar el alma de los pecados; que las oraciones que se acostumbran á hacer por los muertos, no les prestaban: todas opiniones nuevas y malas, y acerca de los antiguos nunca oídas. Decían otrosí contra la Virgen, Madre de Dios, blasfemias y denuestos, que no se refieren por no ofender al piadoso lector; dejólas escritas Guillermo Nangiaco, francés de nación, y que vivió poco adelante. Llegaba su desatino á poner lengua en la familiaridad de Cristo con la Magdalena; así lo refiere Pedro, monje del Cister, en una Historia que escribió de los albigenses, intitulada al papa Inocencio III, en que depone como testigo de vista de las cosas en que él mismo se halló.

Sería muy largo cuento declarar por menudo todos los desvarios destes herejes y secta, y es así que la mentira es de muchas maneras, la